

## PSICOLOGÍA SOCIAL DEL DESARROLLO COGNITIVO

Gabriel Mugny  
Juan A. Pérez  
(Eds)

Presentación de Eugenio Garrido



por el método estructuran el trabajo cotidiano y limitan el riesgo de ideas vanas y de proposiciones vagas que debiliten el esfuerzo común. Saber lo que se está haciendo, o hacia dónde se camina, presenta grandes ventajas sobretodo en los momentos en los que no se conoce exactamente de dónde pueden surgir las dudas. No estoy seguro de que este sistema funcione siempre, puesto que deseamos, evidentemente, la libertad tanto como el rigor de la disciplina. Y la mejor manera de alcanzar aquélla no es permanecer sentado frente a una pantalla de Macintosh o IBM, de un papel en blanco o de un conjunto de artículos, entre las cuatro paredes de un despacho y permanecer así hasta que la pantalla, el papel o los artículos se transformen en una hipótesis sugestiva. Sin embargo, desde el punto de vista del conjunto, de la continuidad de la investigación, rigor y método tienen la ventaja de conferir naturalidad a una actividad impalpable como la nuestra.

Finalmente, el hecho de publicar transforma la institución en una obra de cada uno que debe personalmente proseguir y que constituye en sí misma una recompensa. Confiere a las mil operaciones cotidianas, fragmentarias e invisibles una realidad social que afecta a cada uno. Constituye un antídoto contra el agobio y el decaimiento que se experimenta ante la incapacidad de obtener nuevos sonidos de los viejos instrumentos de esta orquesta que es un equipo. Todo parece ya hecho, todo resultado obtenido, toda experiencia realizada. Sin embargo, las publicaciones provocan un sobresalto, justifican la creencia de que puede darse un nuevo milagro. Y el Laboratorio ha producido más de un centenar de artículos y varios libros que se han convertido en referencias. Ha publicado con regularidad textos cuyo común denominador es la originalidad y cuya amplitud de miras los hace interesantes para los psicólogos sociales, los sociólogos y los psicólogos infantiles. Hablando con sinceridad: su duración en el tiempo constituye en sí misma un hecho que merece un reconocimiento y sobre el que deberíamos meditar.

De la continuidad de los laboratorios depende en gran parte el mantenimiento y la irradiación de nuestra disciplina. Cada laboratorio que involuciona en lu-

gar de evolucionar, cada laboratorio que desaparece en Francia o en Inglaterra en Holanda, pone de nuevo en cuestión como bien se sabe, la existencia misma de la psicología social.

Al finalizar estas observaciones, muchas otras me vienen a la memoria, particularmente referidas a las personas de Willem Doise y de Gabriel Mugny, tan importantes en todo lo expuesto. Si fueron maestros en el arte de la discreción estarán satisfechos de ver que ésta fue una de las claves de su visibilidad y de su éxito. Manteniéndose en un discreto segundo plano en el Laboratorio han permitido la participación de otros y han dado fuerza a este proyecto esbozado hace tantos años. Pero toda discreción tiene sus límites y debemos reconocer que primero Willem Doise y luego Gabriel Mugny, cada uno a su manera, han imprimido a este Laboratorio un estilo, un impulso y un vigor que les son propios. Un estilo sano, vivo y dinámico, lleno de curiosidad y de gusto por las ideas nuevas, caracterizado por una desconfianza fundamental ante los planteamientos rígidos y las experimentaciones *ready-made*.

Personalmente, experimento un orgullo nostálgico por haber estado vinculado a todo ello y no haber dado pasos en falso. Y siento un gran placer siempre que voy a Ginebra pues estoy seguro de que existe siempre alguna idea a discutir, alguna experiencia sobre la que reflexionar. A veces las sorpresas son grandes, otras veces pequeñas, pero el hecho de que existan me tranquiliza. En este artículo quería aportar mi testimonio. Puede concluirse con esta serena impresión personal.

## La experimentación en la psicología social constructivista

Juan Antonio Pérez

Por poco contacto que se haya mantenido con la psicología social, resultará conocida la ola de militancia contra el abuso (y finalmente el mero uso) del método experimental para avanzar en el estudio de lo que, nunca de forma muy definida, se ha dado en llamar el objeto de la psicología social, a saber, la interacción social. En este debate, pese a que nadie niega el valor de la observación y de la descripción, para algunos —los anti— es necesario quedarse ahí. Para otros, —los pro— no basta con observar e «intuir» sino que también es necesario controlar de algún modo lo observado. Detrás de estas actitudes y preferencias subyacen dos concepciones epistemológicas que, de día en día, se van haciendo irreconciliables.

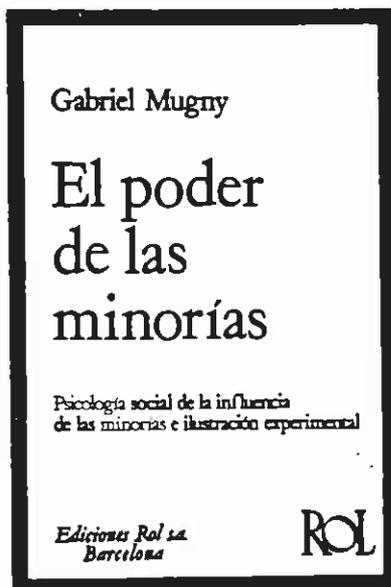
No será nuestra preocupación indagar aquí quién se equivoca. Sólo nos ocuparemos de presentar una visión de la experimentación que, en nuestro entendimiento, subyace a la mayor parte de los trabajos de los psicólogos sociales de la Escuela de Ginebra (cf. Doise, 1982, 1986; Doise, Mugny y Deschamps, 1981; Mugny, 1981). Tendremos así la oportunidad de presentar algunos argumentos de por qué, al enfocar el recurso a la experimentación con la óptica que lo hace esta Escuela, nos parece difícil prescindir de tal método, siempre y cuando no se pretenda reducir la psicología social a complejas retóricas de sentido común.

### El principio de la experimentación en psicología social

¿Qué se suele entender por experimentación en psicología social? El método experimental está concebido para hacer variar libremente un evento (variable independiente) en una situación controlada en la que es posible suponer que es dicho

evento, y sólo él, el que provoca unas reacciones determinadas y que por lo tanto se trata del factor causal de éstas. Forzosamente, la experimentación se caracteriza por la selección de un número limitado de factores del objeto de estudio y por introducir determinadas manipulaciones a fin de acentuar o contrarrestar la supuesta acción de tales factores. Se pueden comparar así en condiciones controladas las situaciones en las que se ha activado el supuesto efecto del factor a aquellas en las que éste se ha neutralizado. En ningún momento se exige que esta manipulación de factores tenga que hacerse siguiendo una reproducción fiel de la realidad en la situación de laboratorio. Al contrario, la intervención de los factores es alterada, intencionadamente, justo para destacar (o frenar) fuera de lo habitual su efecto causal y por tanto poner a prueba diversas explicaciones derivadas del modelo construido para dar cuenta de esa realidad. Es así como se llega a decir que el método experimental ayuda a validar una determinada explicación sobre un objeto o proceso. Por último, como a menudo el concepto de explicación suele ser objeto de polémica, digamos simplemente que los experimentalistas suelen entender por ello «un conjunto de afirmaciones conectadas entre sí lógicamente que especifican los antecedentes o causas de algún fenómeno con una distinción empírica que goza del consenso de los científicos relevantes en el tema. Las explicaciones no son otra cosa sino teorías» (Zajonc, 1989, p. 346).

Queremos insistir sobre el hecho de que la experimentación no forma sino una parte de la larga cadena de la adquisición del conocimiento, teniendo también que en psicología social raramente se puede encontrar un experimento que no forme parte de un programa de investigación y que el principal papel de la experimentación no es hacer miniaturas de la realidad, sino comparar el grado de ajuste de los hechos con una interpretación de la realidad. Grisez presenta así esta idea: «[En la experimentación] en realidad no se trata de reproducir en un laboratorio, a escala más pequeña, las condiciones exactas de las situaciones reales. La relación entre las situaciones experimentales y las reales no la da una



comparación con estas últimas, sino que es construida por el experimentador *en doble sentido*. Por una parte, partiendo de un modelo teórico (explícito o implícito, aplicable a una diversidad de hechos sociales), se determina la construcción del dispositivo experimental y, por otra parte, se interpretan los resultados. Lo que se simula no es, pues, la realidad social, sino una teoría sobre esa realidad. En consecuencia, ante un experimento no debemos preguntarnos si representa bien la realidad, sino qué teoría trata de representar y si la representa bien» (1977, p. 75).

Así entendido el papel del método experimental, se comprenderá que la dificultad no radica en sus fundamentos epistemológicos sino en su aplicación técnica. Pero, ¿por qué se hace tan difícil esta aplicación técnica, hasta el punto de llevar a algunos a proponer su abandono?

#### Artificialidad de la experimentación

Una de las dudas que se suele plantear al método experimental en psicología social es hasta qué punto el hecho de manipular un objeto no termina transformándolo y alterando su estado natural, de modo que, por una parte, deja de ser aquel del que se partió al elaborar el modelo inicial que se intenta poner a prueba y, por otra parte, termina careciendo de una validez ecológica para el sujeto (cf. Brunswik, 1956). Se relaciona con ello la crítica de lo artificial que resulta tratar con la experimentación a un objeto tan complejo y multideterminado.

En efecto, reina un acuerdo sobre que

una de las principales características de la interacción social (principio organizador de la psicología social) es que durante su desarrollo los participantes pueden tomar decisiones, cambiar sus comportamientos, alterar sus evaluaciones, etcétera, de modo que se podía decir que la fase de la interacción constituye un acto irreductible a «un antes». Gran parte del debate metodológico gira, pues, en torno a este dinamismo, capacidad de decisión e intencionalidad constantes propia de los individuos que participan en la interacción. Se encuentra así un grupo de psicólogos sociales que (en términos de Deconchy, 1983-1984) seducidos por «su singularidad, su historicidad y su complejidad», «sacralizan» el objeto supuesto de la psicología social, creyendo imposible la predicción y la explicación de lo que pasa durante el proceso de la interacción, por lo que la experimentación y la generalización resultan inadecuadas.

Lo cierto es que —en nuestra opinión— a menudo se da una confusión entre lo que implica la complejidad del objeto psicosocial y su re-actividad (es decir, que el sujeto no recibe un factor de modo pasivo sino que lo interpreta sin cesar). En efecto, mientras que la complejidad eleva la dificultad a la hora de operativizar en factores un determinado proceso, por el contrario, la re-actividad del sujeto haría aún más factible la experimentación. Con objetos inanimados los factores que pueden «causar» una determinada reacción suelen ser muy concretos y suelen ser de número muy limitado. Por ello la experimentación parece más fácil de ser reproducida y la predicción más fácil de ser formulada. Pero por lo mismo las formas con las que se puede poner de manifiesto un determinado tipo de efecto están también mucho más limitadas en el mundo inanimado que en el caso de los sujetos re-activos. El margen de maleabilidad de los factores que pueden producir el efecto buscado suele ser muy extenso en este último caso, dada la historia y la capacidad simbólica e interpretativa del sujeto re-activo. De este modo, un determinado tipo de efecto puede ser provocado de modos muy distintos (más adelante centraremos la reflexión sobre el problema de hasta qué punto estos efectos que tienen causas



distintas son idénticos y comparables —o no— entre ellos), lo que proporciona una gran flexibilidad al método experimental.

Es esta flexibilidad la que permite y hace que se traten de introducir más variables y análisis multidimensionales a fin de aproximarse lo más posible a esa complejidad del objeto. De cualquier modo, no se debería olvidar que cualquier modelo del conocimiento social (y seguramente del conocimiento en general) elaborado para dar cuenta de un fenómeno dado, siempre se construye sobre un número reducido de variables. Y en este sentido también nos parece injusto achacar a la experimentación de simplificadora y no tener presente que lo único que hace es poner a prueba una serie de hipótesis y predicciones derivadas de un modelo. Si tenemos, pues, que lo que los modelos hacen (los descriptivos incluidos) es simplificar una lectura de la realidad, difícilmente se puede exigir a la experimentación que la tenga en cuenta en su totalidad. En ese sentido hay un relativo acuerdo en que la experimentación no es más ni menos artificial de lo que pueda serlo en otro modo de proceder.

Por otra parte, buen número de psicólogos sociales intentan también introducir en las situaciones experimentales, en la medida de lo posible, tanto la «ecología» del objeto como dejar que intervenga la historia pasada del sujeto que, por supuesto, trasciende a la situación experimental. Este es quizá uno de los primeros rasgos distintivos del enfoque que recibe la experimentación en la concepción de la Escuela de Ginebra: los sujetos guardan en todo momento en las situaciones experimentales su estatus de «ciudadanos» (Mugny, 1981; véase también: Doise, Deschamps y Mugny, 1981), es decir, se tiene en cuenta su historia, sus inserciones sociales, y se cuenta con que son portadores de una serie de representaciones y normas que regulan su comportamiento en las situaciones sociales en las que participan. La experimentación sólo constituye así una situación más, pensada para que trasluzcan esos procesos construidos previamente por el sujeto para regular su comportamiento en las interacciones con el otro o los otros y asimismo los significa-

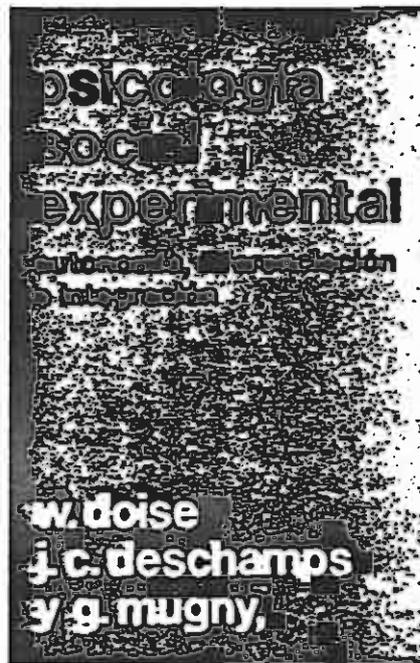
dos que para él vehiculan los objetos que mediatizan la interacción. Desde este enfoque, el reto de la experimentación no es evacuar la experiencia y la historia de los participantes de una interacción, sino, muy al contrario, dejarla intervenir con toda su riqueza e integridad, pero, eso sí, en situaciones controladas, creadas para transformar esa experiencia de tal modo que a veces quede reforzado su efecto y otras contrarrestado (cf. Doise, 1982).

Insistamos, pues, que el procedimiento experimental, aunque sea cierto que a veces aspira a invocar esa realidad pasada del sujeto, igualmente puede consistir en crear determinados comportamientos, hecho éste no siempre tenido en cuenta, lo que también ha dado lugar a alguna concepción reduccionista del método experimental. De cualquier modo, en uno y otro caso, como señalan Lemaine y Lemaine (1969, p. 99) en su manual dedicado a la experimentación en psicología social, se puede decir que «a menudo el psicólogo se compara con el físico, pero también se podría comparar con el astrónomo. El primero manipula, en el sentido literal de la palabra, las condiciones y las variables; el segundo espera que la naturaleza le proporcione los factores de variación, y su manipulación sólo puede llegar a ser simbólica. La diferencia entre lo que Claude Bernard llamaba experiencia provocada y experiencia invocada corresponde a esa diferencia que se da entre el físico y el astrónomo, pero en realidad no se encuentra ninguna diferencia fundamental en el razonamiento experimental que subyace a una y otra».

#### Experimentación y generación del conocimiento

Desde esta perspectiva, aunque la meta de la experimentación sea la validación del conocimiento, sin embargo, por las significaciones que esta práctica adquiere con sujetos re-activos queda también caracterizada como una práctica de producción de nuevas reacciones en el fenómeno estudiado. Esto en un doble sentido.

Por un lado, porque una característica propia de la experimentación (frente a la observación es la de acelerar y sacar a la luz en situaciones controladas determinados procesos que de lo contrario —dada su lentitud— difícilmente reunirían en un momento dado la fuerza y configuración necesarias para ser observados (Deconchy, 1981). Queremos subrayar así que resulta superficial pensar que la dimensión diacrónica de los fenómenos se adecua mejor a los métodos observacionales que al método experimental. Es propio del método experimental concentrar las dimensiones relativas a un fenómeno cuyas características difusas difícilmente le darían una «ecología» distintiva. Mediante el método experimental podemos invocar una historia y experiencia del sujeto que en otras condiciones —dichas naturales— necesitaría de espacios y tiempos mucho más largos. En este sentido, el proceso de invocación no es sino lograr lo que Deconchy (1983-1984) gusta denominar «la síntesis experimental» de ese proceso, que no es otra cosa que «homotetizar» un proceso en un factor. Ahora bien —repetámoslo— para condensar en esos pequeños índices comportamientos complejos, es evidente que es imposible sin antes haber elaborado las condiciones naturales de manifestación, sin haber pasado primero por la observación y descripción de la «ecología» del fenómeno o proceso estudiado (cf. Moscovici, 1970). O dicho de otro modo, antes de proceder a diseñar un procedimiento experimental es indispensable disponer de un modelo teórico, de determinadas hipótesis o, en última instancia, de determinados presupuestos. Sin esta modelización teórica —por más implícita que sea— raramente será posible imaginar cualquier tipo de puesta en situación experimental.



Por otro lado, a menudo se alega contra esto la artificialidad de «lo sintetizado experimentalmente», sobre todo porque los laboratorios se parecen (cf. Harré, 1979) a lugares especiales y ambientes simplificados de paredes y bata blanca, con dos sillas y una mesa..., lugares irreales. A tal respecto, con destreza se pregunta Zajonc (1989, pp. 359-360): «¿Cuántas sillas se necesitan para hacer la realidad? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Y qué tipo de sillas? Por supuesto, no pueden ser simples sillas de metal plegables o amontonables. ¿Tiene que tratarse de butacas estilo Chippendale o *bergères* estilo Luis XVI? ¿Realmente la ausencia de una tercera silla destroza irremediable la realidad? ¿Debemos servir a nuestros sujetos una Fanta o un Armagnac 1934? [...] ¿Cuál es la realidad esencial? ¿El dormitorio? ¿La Iglesia? ¿El pub? ¿El despacho de los profesores? ¿La disco? ¿La calle? ¿La ducha? ¿El banco? ¿Una sala de espera en Bloomsbury?».

Estamos totalmente de acuerdo con él que el comportamiento de los sujetos en el laboratorio será tan real como lo será en otra situación. Y en este sentido suscribimos también la afirmación hecha por Monteil (1989, p. 22) según la cual el aspecto reductor del procedimiento experimental no es que deba ser asumido, sino reivindicado. Además el hecho de que en el laboratorio se produzcan comportamientos nuevos, de ningún modo resulta una deficiencia del método experimental, muy al contrario, ello puede ser entendido como una prueba de su sensibilidad y potencialidad.

Estas posibilidades que podemos lograr practicando la experimentación dependen precisamente de la capacidad de reinterpretación que son capaces de manifestar los individuos que participan en ella. Son las interacciones que se establecen entre los factores constitutivos de una experimentación y la forma de tratarlos como contenidos significativos por parte de los individuos que participan en ella, lo que define el acto experimental como una práctica psicosocial más.

¿Dónde están —nos preguntamos— los problemas realmente imputables al acto de la experimentación? En nuestra opinión a menudo se atribuyen al método experimental una serie de problemas

que nada tienen que ver con él. Se le suele achacar lo que en general suelen ser problemas de la teoría o de la relación entre modelos teóricos y puestas en situación experimental. Tres puntos merecen comentarse al respecto.

En primer lugar, en general las teorías están referidas a más objetos de los que se suelen examinar para validarlas. Y, viceversa, un objeto suele tener más propiedades que las retenidas por una teoría. De este modo, el problema de la generalización no radica en la aplicación de la prueba experimental en sí, sino en si los objetos elegidos son suficientemente representativos de la teoría o si ésta representa bien la totalidad del objeto. El que esta adecuación entre teoría y objetos que representa sea o no satisfactoria reposa, hoy por hoy, en una mera decisión teórica.

En segundo lugar está el tan debatido tema de la confirmación, que, en general, sirve de heurístico para la confianza, pero rara vez constituye una vía para hacer avanzar el conocimiento. También aquí merece recordarse que el que un resultado no se confirme no suele ser un problema del método experimental (dado por supuesto que técnicamente ésta haya sido bien aplicado), sino una peculiaridad del fenómeno o alguna laguna de la teoría. Nos resulta así difícil comprender por qué del «carácter histórico» de los fenómenos se ha saltado, en algunos círculos, a concluir con el epitafio «el método experimental no sirve». Podríamos decir que sirve en la medida misma que se muestre sensible a esas variaciones históricas.

Por último, con sujetos reactivos la

traducción de una hipótesis en términos operativos (variables) puede hacerse de múltiples formas. Se trata de examinar si estamos operacionalizando los postulados básicos de la teoría u otros aspectos. El que la operacionalización de las variables no se corresponda con la teoría o no sea adecuada para provocar y medir en situaciones controladas los procesos que estudiamos, tampoco pensamos por nuestra parte que sea un problema inherente al método experimental, sólo es una predicción falsa de la forma como puede materializarse un postulado teórico.

### Conclusión

Hay que reconocer que es en la elaboración teórica donde la psicología social está encontrando los mayores problemas para imponer su especificidad y no en el hecho de emplear el método experimental. Aunque somos conscientes de que se dirá que el método también puede ser utilizado para hacer avanzar la teoría.

Una peculiaridad actual de la psicología social, que probablemente forme el núcleo de la mayor parte de sus problemas metodológicos y epistemológicos, es que la relación entre las explicaciones que propone y las descripciones que se elaboran de sus objetos de estudio está lejos de evolucionar equilibradamente (cf. Doise, 1986). Una forma de atajar este problema la podemos derivar del siguiente texto de Doise (1982; p. 152): «Nuestra forma de proceder difiere profundamente de las que tratan de construir un modelo del funcionamiento social a partir de las situaciones de interacciones dichas mínimas, que no toman en consideración las relaciones sociales previas que ya han formado los sujetos. Esas variaciones pasajeras y limitadas que introducimos en una situación son las que van a alterar, a veces casi de modo imperceptible, las dinámicas pre-existentes y de ese modo nos informan acerca de su naturaleza. En cada experimento será necesario, pues, definir los lazos existentes entre la situación específica creada experimentalmente y las condiciones sociales generales que se consideraran constitutivas de los procesos estudiados». Esta nos parece la mejor conclusión que podemos extraer para

continuar confiando en que, aplicada de ese modo, la experimentación nos dé algún que otro principio explicativo de cómo se articula una teoría general y una situación concreta, por más que ésta tenga por escenario un laboratorio.

### BIBLIOGRAFÍA

- Brunswik, E., *Perception and the representative design of psychological experiments*, Berkeley, California, University of California Press, 1956.
- Deconchy, J.P., «Laboratory experimentation and social field experimentation: An ambiguous distinction», *European Journal of Social Psychology*, 11 (1981), 323-347.
- , «Experimentation et psychologie sociale», *Bulletin de Psychologie*, 36 (1983-1984), 709-715.
- Doise, W., *L'explication en psychologie sociale*, París, Presses Universitaires de France, 1982.
- , «Décrire et expliquer ou comment gérer pénurie et abondance?», *Psychologie et Éducation*, 10 (1986), 3-19.
- , Deschamps, J.-C. y Mugny, G., *Psicología social experimental*, Barcelona, Hispanoeuropea, 1981.
- Grisez, J., *Los métodos de la psicología social*, Madrid, Morata, 1977.
- Harré, R., *Social being*, Oxford, Basil Blackwell, 1979.
- Lemaine, G. y Lemaine, J.M., *Psychologie sociale et expérimentation*, París, Mouton, Bordas, 1969.
- Monteil, J.M., *Éduquer et former. Perspectives psychosociales*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1989.
- Moscovici, S., «Préface», en Jodelet D., Viet, J., Besnard, P. (eds.), *La psychologie sociale: une discipline en mouvement*, París, Mouton, 1970.
- Mugny, G., *El poder de las minorías*, Barcelona, Rol, 1981.
- Zajonc, R.B., «Styles of explanation in social psychology», *European Journal of Social Psychology*, 19 (1989), 345-365.

Willem Doise

## Psicología social y relaciones entre grupos (Estudio experimental)

La diferenciación categorial y el intergrupo

Ediciones Rol sa  
Barcelona

ROL

### Identidad, integración y singularización: el modelo de la covariación entre semejanzas y diferencias

Jean-Claude Deschamps

Si, que yo sepa, no ha habido nadie aún que haya desmentido la afirmación que hacía Erikson en los años sesenta de que el estudio de la identidad era tan central en esta época como lo fue el de la sexualidad en tiempo de Freud, actualmente debe admitirse que lo que puede resultar de interés es ante todo hablar de identidad. Para convencerse de ello basta recordar los numerosos coloquios organizados recientemente sobre el concepto de identidad o bien constatar como la más pequeña conferencia sobre este tema va más allá de ser una simple cuestión de prestigio y atrae a un público numeroso, en cualquier caso mayor que el que habría reunido otro título. Además, se observa un continuo incremento del número de obras publicadas sobre este concepto. En efecto, como señalan Camilleri *et al.* (1990), ocurre como si la demanda social fuera tan fuerte que empujara a los especialistas en ciencias sociales a dar (o tratar de dar) respuesta a las cuestiones que suscitan fenómenos sociales tales como la aceleración de los

cambios tecnológicos y sociales (sin olvidar los políticos), la movilidad geográfica y profesional, los problemas planteados por la inmigración...

La identidad es pues un tema de moda. Pero no es a las cuestiones particulares concernientes a la identidad cultural nacional, laboral..., a las que yo me referiré principalmente en este artículo. Retomando algunos trabajos realizados en Ginebra en este campo desde hace cerca de 20 años, plantearé sobre todo el problema general de la integración de los agentes sociales en un espacio social —el reconocimiento de la pertenencia— y, al mismo tiempo, el hecho de que estos agentes buscan un lugar específico en este mismo espacio social para así diferenciarse y singularizarse.

#### La identidad en psicología social

De modo general, se está de acuerdo en decir que la identidad es una noción central en psicología social, y ello es así probablemente porque, intuitivamente, de entrada este concepto se entiende como ubicado en la articulación entre lo psicológico y lo sociológico. Y una de las consecuencias de esta situación específica es la dicotomía que se dice existe entre identidad social e identidad personal.

Pero antes de tratar de manera más específica esta dicotomía, debe decirse que si el concepto de identidad ocupa este lugar peculiar en la psicología social, es probablemente porque no hace más que retomar un tema que constituye una de las principales preocupaciones de esta disciplina. Como escribía Codol (1979, p. 424): «Esta importante preocupación —objeto de debate desde hace mucho tiempo tanto en el campo filosófico como en el religioso o ideológico— es simplemente el conflicto entre la afirmación y la necesidad individual y la afirmación y la necesidad colectiva; entre la búsqueda de una identidad personal y la búsqueda de una identidad colectiva; entre lo que constituye al mismo tiempo la diferencia individual y la semejanza con el otro; entre la visibilidad social y la conformidad; en síntesis, entre el individuo y el grupo». Y esta preocupación, que puede tomar múltiples formas, remite a la relación —a menudo entendida

**JEAN-MARC MONTEIL.** Profesor de Psicología en la Universidad Blaise-Pascal de Clermont-Ferrand y director del Laboratorio de Psicología Social de aquella universidad. Autor de *Bureaucratie ou Evolution* (1980), *Dynamique social et systèmes de formation* (1958), *La Psychologie scientifique et ses applications* (1989) (con M. Fayol) y *Eduquer et former, perspectives psycho-sociales* (1989). Con J.L. Beauvois y R.V. Joule ha editado los volúmenes *Perspectives cognitives et conduites sociales* (1987, 1989 y 1991).

**GABRIEL MUGNY.** Cf. *Anthropos*, n.º 124: «Currículos y bibliografía de W. Doise y G. Mugny».

**ESPERANZA NAVARRO.** Licenciada en Psicología por la Universidad de Valencia. Ha traducido al español los diferentes estudios en inglés del presente número de *Suplementos*.

**PAOLA DE PAOLIS.** Doctorada en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, ha colaborado durante muchos años con el grupo de Psicología Social de Ginebra como colaboradora científica. Actualmente es directora de la École d'Études Sociales et Pédagogiques en Lausana.

**STAMOS PAPASTAMOU.** Nació en Atenas en 1952. Realizó estudios de Psicología (licenciatura y diploma) en la Universidad de Ginebra, de Sociología y de Psicología Social en París, donde se doctoró en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales. De 1977 a 1987 trabajó en Suiza con el equipo de psicología social de Ginebra, ejerciendo tanto la docencia como la investigación. De 1980 a 1985 fue también encargado de curso en la Universidad de Friburgo (Suiza). Desde 1987 reside nuevamente en Grecia, donde actualmente es profesor de Psicología Social Experimental en un centro universitario de Atenas. Sus investigaciones se centran sobre los procesos de influencia social (minoritaria y mayoritaria) y sobre las estrategias de resistencia a la influencia de las minorías, fundamentalmente la psicologización. Es autor de varios textos de psicología social publicados en Grecia. Ha publicado *The Power of Minorities* (1982) (con G. Mugny), y varios artículos en obras colectivas.

**JUAN ANTONIO PÉREZ.** Nacido en 1958, es licenciado en Psicología por la Universidad de Salamanca y doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Colaboró entre 1981 y 1988 con el Laboratorio de Psicología Social de la Universidad de Ginebra. Actualmente es profesor titular de Psicología Social en la Universidad de Valencia. Entre sus publicaciones figuran: *Psicología social del desarrollo cognitivo* (1988) (con G. Mugny), *Social Psychology of minority influence* (1991) (versión en español *Psicología de la influencia social* [1988]), *La influencia social no consciente. Estudios de psicología experimental* (1991) (con S. Moscovici y G. Mugny) y diversos artículos en obras colectivas y revistas especializadas.

**JEAN-PAUL ROUX.** Nacido en 1942, es psicólogo escolar y desde 1973 trabaja en la UFR de Psicología de la Universidad de Provenza, en Aix-en-Provence, donde ejerce la docencia en el «centre de Formation de Psychologues Scolaires», es encargado de curso en el Dpto. de Psicología del Desarrollo y de la Educación e investigador del «centre de Recherches en Psychologie Cognitive». Ha publicado *Réussite scolaire et interactions dyadiques maîtrise-élève en grande section de maternelle*. Entre sus artículos cabe señalar los más recientes, «Culture, école et construction de la personne: approche socio-cognitive» (1989) y «Présentation pratique et numérique de problèmes relative aux différents modes de résolution utilisés» (1989) (con C. Andréucci).

**PATRICIA ROUX.** Nacida en 1955 es «assistante» en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Ginebra. Actualmente sus principales campos de investigación son los procesos de influencia social, la identidad y los procesos de atribución. Publicaciones recientes: «Vers l'institutionnalisation de la précarité du travail», (1985) (con A. Pedraza); «La perception de l'entrée en apprentissage», (1986) (con A. Clémence y J.-C. Deschamps).

**MARGARITA SÁNCHEZ-MAZAS.** Diplomada en Psicología en la Facultad de Psicología y de Ciencias de la Educación de Ginebra. Actualmente asistente de G. Mugny.